

XII

El confidente de sus proyectos y sentimientos en esta ocasión, fue un personaje singular, con quien conservó amistad por el resto de sus días, quizá en memoria de este momento solemne y de esta resolución, que al decidir de su destino, debía influir en los de un mundo.

Lord Macduff, después conde de Fife, era un noble escocés descendiente de aquel héroe de Shakespeare que mató con sus propias manos al asesino Macbeth. El gran poeta pone en boca de su antecesor estas palabras: « Empuñemos más bien » con mano firme la espada matadora, y como hombres buenos defendamos resueltamente nuestros nativos derechos desconocidos (42). » Estas palabras que resonaban en sus oídos al través de los siglos, parecían dirigir su conducta inspirada por tan varoniles consejos. Hallábase en Viena cuando recibió en 1808 la noticia de la insurrección española. Inmediatamente se dirigió á la Península y se alistó como simple voluntario. En esta clase se halló presente á la mayor parte de las batallas que tuvieron lugar allí, siendo gravemente herido en una de ellas, por cuyos servicios llegó á ser nombrado general español. Entonces se conocieron San Martín y lord Macduff. Estas dos naturalezas generosas simpatizaron profundamen-

embargo de ser americano. Supe la revolución de mi país, y al abandonar mi fortuna y mis esperanzas sólo sentía no tener más que sacrificar al deseo de contribuir á su libertad. » (Proclama de 22 de julio de 1820.)

(42) Shakespeare: « Macbeth », acto IV, escena 8.º — Véase: « Biographie Universelle de Michaud », tomo XXVI, p. 31. — Algunos años después, hallándose San Martín en Inglaterra y próximo á trasladarse al continente, Lord Fife se despedía de él por escrito, y ponía al final de su carta esta dirección: — « Al Exmo. Señor Don José de San Martín, conquistador de las libertades de la América — y digno modelo del reprim hombre militar y philosopho. — George Washington ».

te, estrechándose su amistad en medio de los peligros comunes. Por su intermedio y por la interposición de Sir Charles Stuart, agente diplomático en España (43), pudo obtener un pasaporte para pasar subrepticamente á Londres, recibiendo de su amigo cartas de recomendación y letras de cambio á su favor, de las que no hizo uso.

En Londres se reunió con sus compañeros Alvear y Zapio-la, poniéndose en contacto con otros sud-americanos que á la sazón se hallaban allí. Contábanse entre ellos el venezolano don Andrés Bello, el mejicano Servando Teresa Mier — célebres ambos por sus escritos, — el argentino don Manuel Moreno, que acababa de dejar sepultado á su ilustre hermano en la profundidad del mar, don Tomás Guido, que iniciaba su carrera diplomática y militante, y algunos menos conocidos. Todos pertenecían á la asociación secreta fundada en Londres por Miranda, que era matriz de la de Cádiz, como queda dicho, y en la cual Bolívar acababa de prestar su juramento en manos del mismo Miranda antes de regresar á Venezuela en compañía del ilustre maestro. San Martín y sus dos compañeros fueron iniciados en el 5.º y último grado. Así se ligaron por un mismo juramento en el viejo mundo, el gran precursor y los dos más grandes fundadores de la independencia del nuevo mundo (44). Siendo el objeto de la

(43) Son diversas y contradictorias las versiones que se han hecho sobre este personaje incidental. Barros Arana lo hace general de caballería, confundiendolo con Sir Charles Stuart que militaba por entonces en España, y es autor de un libro sobre la guerra peninsular. Miller, sólo le da su título de nobleza. Vicuña Mackenna lo supone almirante. — La verdad es, que fué el primer agente diplomático de la gran Bretaña cerca del gobierno español después de Baylén, como puede verse en Napier: « History of the war in the Peninsula, » lib. III, cap. I. Su correspondencia está publicada en « Parliamentary Papers », bajo el rubro de *Stuart's Letters*. — Véase además Miller: « Memorias, » t. I, p. 372.

(44) Barros Arana dice, refiriéndose á informes de don Andrés Bello, que San Martín fué el fundador de la asociación, en lo que padece un

asociación cooperar por todos los medios á la insurrección sud-americana, los miembros de ella trabajaban activamente en conquistarle prosélitos y en predisponer á la Europa en su favor por medio de publicaciones por la prensa, mientras llegaba el momento de prestarle servicios más eficaces.

Pocos meses después (enero de 1812) San Martín, Alvear y Zapiola se embarcaban en la *George Canning* con destino al Río de la Plata, y llegaban á Buenos Aires en compañía de varios oficiales, que como ellos venían á sentar plaza en las filas de los libertadores del viejo y nuevo mundo (45).

XIII

Hemos dicho antes, que á la época de la llegada de San Martín á Buenos Aires, la revolución americana pasaba por una dura prueba. Si no había sido de los primeros en acudir á su llamada, no esperó por cierto para hacerlo el momento más propicio. El período de la primera efervescencia había pasado: el trabajo serio de todos los días iba á comenzar. La verdadera lucha entre independientes y realistas no estaba trabada aún, y el combate entre los elementos sociales se iniciaba.

error. Nosotros nos guiamos por los informes del General Zapiola, que fué iniciado como queda dicho, junto con San Martín y Alvear, «en la casa de los diputados de Venezuela,» según nota que de su puño y letra existe en nuestro archivo.

(45) Hé aquí, según la «Gaceta ministerial» de 13 de marzo. cit., los nombres de los pasajeros de la *George Canning*: Teniente Coronel de caballería, José de San Martín — alférez de carabineros, Carlos María de Alvear Balbastro — capitán de caballería, Francisco de Vera — Alférez de navío, Martín Zapiola — capitán de milicia, Francisco Chilabert — subteniente de infantería, Antonio Arellano — teniente coronel de guardias Wallonas, Barón de Holmberg.

La revolución argentina iniciada el 25 de mayo de 1810, fué el verdadero punto de partida de la insurrección sud-americana. Antes de ella produjéronse movimientos parciales que fueron sofocados en su cuna; y los que con posterioridad ó simultáneamente estallaron desde Chile hasta Méjico, carecieron de consistencia para luchar y vencer, aun dentro de sus límites territoriales.

Expansiva y propagandista desde el primer día, la revolución argentina promovió la insurrección de Chile por la diplomacia y el ejemplo, formando estrecha alianza con ella. Con su primer ejército improvisado de voluntarios, avanzó hasta el Perú á fin de herir al enemigo en el centro de su poder, obteniendo en su camino la primera victoria en Suipacha (1811). Por el oriente marchó resueltamente con el objeto de dominar ambas orillas del Plata, batiendo al enemigo en las Piedras (1811), y armó de prisa algunos buques para disputar á los marinos españoles el dominio del río. Pero destrozada su primer flotilla en el Paraná, dueño absoluto el enemigo de las aguas é inexpugnable dentro de las murallas de Montevideo, antes de concluir el año XI, la revolución había retrocedido á sus primeras posiciones por la parte del oriente; al mismo tiempo que un ejército portugués de 4,000 hombres salvaba las fronteras del Brasil y se establecía sobre la línea del Uruguay en actitud hostil. El Paraguay por su parte iniciaba su sistema de aislamiento y casi de hostilidad, después de rechazar la expedición enviada allí para incorporarlo al movimiento. Por el norte, y casi simultáneamente con estos sucesos, su ejército era completamente derrotado en Huaqui (1811) sobre el Desaguadero, abandonando en consecuencia el Alto Perú en su movimiento retrógrado por esa parte. Las reliquias de este ejército, replegado en aquel momento sobre Tucumán, (marzo de 1811), esperaban que el general Belgrano fuese á tomar su mando y que el enemigo avanzara sobre ellas con dobles fuerzas, sin más esperanza

que continuar su retirada hasta Córdoba, según las órdenes terminantes del Gobierno.

Chile, que en sus primeros pasos parecía haber consolidado su movimiento oligárquico-legal, estaba amenazado ese mismo año (1812) por una expedición española dirigida desde el Perú, estando encomendada su salvación al que fatalmente debía perderlo. Era éste aquel mismo José Miguel Carrera, que en la Logia de Cádiz sus compañeros señalaban como un héroe en perspectiva. Ambicioso y osado tenía algunas de esas cualidades que remedan el genio revolucionario, y que contribuyeron en parte á precipitar y democratizar la revolución chilena en el hecho, aunque sin inocularle ninguna nueva fuerza. Pero sin verdaderos talentos políticos ni militares, sin virtudes cívicas y sin el juicio siquiera, que supliendo las cualidades prevé y evita los errores, Chile debía perderse en sus manos, como se perdió después.

Por un encadenamiento de circunstancias nefastas, en ese mismo mes de marzo de 1812, un terremoto derribaba la ciudad de Caracas, al mismo tiempo que la reacción española avanzaba osada reconquistando el terreno perdido, teniendo por principal auxiliar la desmoralización del espíritu público. En tal situación no era difícil prever que antes de terminar el año XII, el mismo general Miranda, que á la sazón acaudillaba la revolución de Venezuela, tendría que capitular, como lo hizo, desesperando por el momento de la fortaleza de su pueblo. Empero, nadie pudo imaginar siquiera, que ese mismo Miranda, gran precursor de la independencia americana, había de ser entregado por los suyos á la saña de sus enemigos como víctima propiciatoria, y que Simón Bolívar sería uno de los que concurriesen á ello! Sólo la Nueva Granada continuó por algún tiempo manteniendo el fuego de la insurrección en la extensión de lo que después se llamó Colombia (Venezuela, Nueva Granada y Quito); pero debía extinguirse pronto, como se extinguieron todas las insurrecciones sud-

americanas desde un extremo á otro del continente, entre 1814 y 1815, con excepción de la revolución argentina, la única que no fué dominada jamás.

Mientras tanto, el virreinato del Perú, interpuesto entre los revolucionarios del sur y del norte, inexpugnable por su posición, por el dominio absoluto de los mares y por el fuerte ejército que lo defendía, era el centro que irradiaba la reacción, desprendiendo á la vez expediciones sobre Quito y Chile, y amenazando á las provincias argentinas después de batir su ejército en el Desaguadero.

Estos peligros inminentes que anublaban el horizonte, y que burlaban tantas esperanzas de los primeros momentos en que todo se presentaba fácil, haciendo comprender á todos lo arduo de la empresa y la medida de los nuevos y grandes sacrificios que habría que hacer, había producido en el espíritu público un gran decaimiento, cuando todavía las poblaciones no estaban comprometidas en masa en la lucha ni la decisión popular manifestada con energía.

Tal era en marzo de 1812 el estado de la revolución americana, considerado por la faz externa de su poder militar y de sus relaciones recíprocas.

XIV

La revolución argentina, estudiada en su organismo propio, era un hecho múltiple y complejo, que entrañando grandes peligros y grandes fuerzas latentes, marchaba hasta entonces sin plan fijo, aunque visiblemente una ley superior presidiese á su desarrollo. Esta revolución, además de los peligros externos que la amenazaban militarmente, entrañaba en su organismo propio peligros mayores, que provenían del desequilibrio de una sociedad rudimental, entre las fuerzas

que ostensiblemente le imprimían su movimiento y las fuerzas latentes en que residía la potencia, bien que un principio vital dominase la acción recíproca de unas y otras.

No repetiremos aquí la sinopsis que con relación al año XII hemos hecho de este acontecimiento en otros libros históricos al condensar los sucesos para deducir de ellos el progreso de las ideas y el desarrollo de los instintos populares (46). No se comprendería empero la acción, ni la trascendencia de los planes políticos ni militares de San Martín en el nuevo medio en que va á obrar, si no estudiáramos esa revolución bajo un nuevo punto de vista, bosquejando á grandes rasgos su naturaleza múltiple y compleja, á fin de darnos cuenta exacta de la situación en el momento en que aquél va á hacer su aparición en la escena revolucionaria.

La revolución argentina, cuyas causas lejanas hemos señalado ya, aplicándolas á las colonias americanas en general, tuvo causas inmediatas que le imprimieron un carácter peculiar. Fué la principal de ellas la preponderancia de los nativos en las armas, que los triunfos en 1806 y 1807 sobre las invasiones inglesas al Río de la Plata habían puesto en sus manos dándoles la conciencia de su poder y despertando en ellos un espíritu de personalidad viril y arrogante. La superioridad de su fuerza moral, que tenía por manifestación la inteligencia criolla, y se verificaba en las grandes corrientes de la opinión pública, fué otra de esas causas eficientes. De aquí provino que la revolución fué simplemente una transición pacífica de un estado en cierto modo artificial á un estado normal, operándose el cambio de situación sin convulsiones, como una ley natural que se cumplía, y esto sin violar ni aun las leyes españolas que regían los municipios, teatro de acción de la

(46) Véase nuestra «Historia de Belgrano,» t. I, cap. XVI, y «Estudios sobre la Revolución Argentina,» ps. 46 y 73.

política de los nativos. De esas mismas leyes deducían ellos lógicamente nuevas teorías revolucionarias, que legalizando el hecho con textos viejos del derecho positivo, daban vuelo á los espíritus en el sentido de reformas trascendentales.

El plan de ejecución de la revolución de Mayo fué, pues, rigurosamente legal, con propósitos deliberados de independencia, pero con vagas ideas políticas en las esferas superiores y con instintos confusos en la masa social. Todos perseguían, sin embargo, un ideal, que cada uno percibía según su grado de inteligencia ó de instrucción, y que procuraba hacer prevalecer por medios análogos á sus fines. De aquí provenía el desequilibrio que hemos señalado antes, y que constituye el nudo histórico de la revolución argentina.

La revolución argentina presentaba desde entonces en bosquejo las dos faces características que la distinguen: la una clásica, culta, cosmopolita, que miraba al exterior; la otra genial y plebeya y por lo tanto más radicalmente democrática, que presentaba una fisonomía original y móvil en la política interna, ó más bien dicho, en el movimiento social. La última, apenas diseñaba algunos de sus rasgos en las tendencias embrionarias de descentralización y en las fuerzas disciplinadas de carácter selvático, que acusando el desequilibrio presagiaban la excisión anárquica. La primera reasumía en sí hacía dos años todo el movimiento de la vida política y civil, con sus ensayos de gobierno, sus tanteos en el sentido del parlamentarismo, su legislación, sus ejércitos, su diplomacia, su prensa, en que figuraban los hombres más prominentes del país.

Ya desde entonces también se dibujaban en los partidos que agitaban la superficie social, las dos tendencias que el roce de las pasiones y de los intereses, más bien que la divergencia de principios, debía poner en pugna, trabajando y atormentando la revolución, impulsada por cada uno de ellos en un sentido ó contrariada en otro; arrastrándola á veces al

borde del abismo, haciéndola triunfar en el exterior por esfuerzos supremos, á la par que se aniquilaban casi las fuerzas sociales en el interior, hasta que del choque de las fuerzas conservadoras y de las fuerzas explosivas que entrañaba, naciese el equilibrio y brotara de su seno dolorido la sociedad nueva, producto de estos grandes sacudimientos en la batalla de la vida.

Contener estas fuerzas dentro de sus límites, hacerlas servir contra el enemigo común y mantener el gobierno en manos de la inteligencia para hacerlo más eficaz en la acción, tal era el arduo problema que se proponían resolver los hombres superiores que habían iniciado la revolución y que hasta entonces la dirigían. Pero antes de que este resultado se alcanzara, el choque debía producirse. Para los unos, la centralización vigorosa con su punto de apoyo en la capital de Buenos Aires, era la condición del triunfo de la revolución. Para los otros, la descentralización era una tendencia innata y una condición de vida futura, así como la indisciplina era una consecuencia necesaria de su modo de ser. Estas tendencias ya se habían diseñado en los partidos políticos militantes, aun antes que interviniese en los acontecimientos la masa social; pero sin acentuarse ni ejercer una grande influencia en ellos.

XV

La revolución, mientras tanto, legal y pacífica en su iniciativa, trascendental en sus propósitos y vigorosamente centralizada en sus medios de acción, se desenvolvía orgánicamente, sin un plan preconcebido en lo político como en lo militar. Nacida en las ciudades, y propagada en nombre de la ley de municipio en municipio hasta la última frontera de las provincias, este primer movimiento vibratorio había revelado una cohesión nacional, indicando allí donde se detuvo, el punto

en que debía encontrarse la resistencia que había de vencer. Revolución civil, que tenía por foro las plazas urbanas, por tribuna la de los antiguos Cabildos, por constitución el vetusto derecho municipal, llegaría un momento en que no cabría en los moldes en que primitivamente se fundió la masa candente; en que esos moldes estallarían; en que el movimiento se dilataría en las campañas, y que en medio de la lucha por la vida se produjesen tumultuosamente los fenómenos orgánicos que entrañaba su naturaleza, á la par de los esfuerzos del patriotismo ilustrado que propendía á dominar el desorden interno con una mano, mientras con la otra combatía y vencía al enemigo común.

La revolución argentina había llegado en el año XII á uno de esos períodos de transformación en que los hechos, las teorías, las necesidades fatales, las gravitaciones naturales envueltas en una sola corriente la arrastraban irresistiblemente á ejecutar sobre la marcha una de sus más peligrosas evoluciones al frente del enemigo. Triunfante en el hecho dentro de sus fronteras, con una organización indefinida todavía después de dos años de luchas y trabajos, había necesidad de popularizarla, de vivificarla, dándole por base la soberanía del pueblo, y por credo un derecho nuevo que respondiese á las necesidades del presente, satisfaciendo las aspiraciones en lo futuro.

Por fortuna, piloteaban aquella nave en medio de la tempestad los hombres más inteligentes, más enérgicos y más pródigos que se hayan presentado jamás reunidos á la vez en el gran drama de la revolución sud-americana. Muerto Moreno, que había sido el numen de la revolución de Mayo en sus primeros días, y cuya influencia moral vivía aún, la revolución argentina presentaba en primera línea pensadores profundos, generales improvisados, escritores notabilísimos, políticos convencidos, patriotas abnegados, caracteres virilmente templados, que, apoderados con mano firme del timón

del Estado, constituían un poderoso partido gubernamental con tendencias democráticas y principios confesados de libertad.

Merced á esa falange de hombres de acción y de pensamiento, la revolución se había extendido y consolidado, constituyendo un núcleo indisoluble; las nociones de un derecho nuevo se habían generalizado; las ideas abstractas de la soberanía del pueblo, división de poderes, juego armónico de las instituciones libres, derechos naturales y derechos del hombre en sociedad, habían hecho progresos en la conciencia pública, traduciéndose en hechos prácticos, aunque todo se resintiera todavía de lo indefinido y de lo incompleto de la organización política.

Desde el primer momento, — lo mismo que por entonces, — todas las fuerzas políticas se habían concentrado en la organización del gobierno ejecutivo, que respondía á las supremas exigencias de la situación y constituía el gran resorte de la máquina revolucionaria.

El primer gobierno ejecutivo instalado por un plebiscito el 25 de mayo de 1810, fué una Junta Gubernativa, á imitación de las que en España se inauguraron por la misma época en su alzamiento contra los franceses. Modificada y desnaturalizada un año después por la incorporación de los diputados de las Provincias en ella, se malogró así la primera tentativa de un Congreso Nacional, abortando un monstruo de muchas cabezas, sin iniciativa en la idea y sin vigor en la ejecución, que tuvo que decretar su propia caída y ceder por impotencia el puesto ante las exigencias de la opinión y el instinto de la propia conservación. La Junta fué sustituida por un Triunvirato, en el que, dándose nueva forma á la potestad gubernativa, se vigorizaba su acción, bosquejando á la vez la división de los poderes públicos.

El Triunvirato, bajo la denominación de « Gobierno Ejecutivo » había empuñado con mano firme el timón de la nave

del Estado, que parecía próxima á naufragar, trazando nuevos rumbos á la revolución, ayudado por la falange política de que venimos hablando, y que constituía el nervio de la situación.

Tal era la situación de las PROVINCIAS UNIDAS DEL RÍO DE LA PLATA al pisar SAN MARTÍN las playas argentinas y hacer su aparición en la grande escena de la revolución sud-americana.